
MIGUEL ANTONIO VALENZUELA

02

DIPLOMACY PAPER



Autonomía estratégica europea

Industria, soberanía y poder en el siglo XXI

12 de febrero de 2026

Autonomía como capacidad material

Europa enfrenta una pregunta estructural que definirá su lugar en el orden internacional: ¿puede garantizar su seguridad sin depender industrialmente de terceros? La autonomía estratégica ya no es un concepto diplomático; es una necesidad industrial. En un entorno marcado por guerra de alta intensidad en el continente, presión sobre cadenas de suministro, competencia tecnológica y volatilidad geopolítica, la capacidad de producir defensa, y no solo planificarla, se ha convertido en el verdadero termómetro del poder europeo.

La autonomía estratégica no significa aislamiento ni ruptura con la arquitectura euroatlántica. Implica capacidad de decisión respaldada por medios propios. En términos estratégicos clásicos, no basta con formular fines políticos; es indispensable disponer de instrumentos materiales que permitan alcanzarlos.

Desde 2016, la Unión Europea ha reformulado progresivamente este concepto. Lo que comenzó como una aspiración a “actuar cuando sea necesario” ha evolucionado hacia una concepción más robusta: resiliencia tecnológica, base industrial sólida y capacidad de escalado en contextos de crisis.

La guerra en Ucrania evidenció una realidad incómoda: Europa posee voluntad política, pero su base industrial no estaba preparada para sostener un conflicto prolongado de alta intensidad. La autonomía, por tanto, dejó de ser retórica estratégica para convertirse en cuestión de capacidad productiva.

Evolución del concepto: de diplomacia a imperativo industrial

Entre 2016 y 2019, la autonomía estratégica se entendía principalmente en clave política y diplomática. Sin embargo, la pandemia, la crisis de semiconductores y la creciente dependencia en tecnologías críticas revelaron vulnerabilidades estructurales.

El ascenso de la competencia geoeconómica global aceleró esta transformación. La autonomía pasó a interpretarse como soberanía tecnológica: capacidad de diseñar, producir y proteger tecnologías sensibles — desde sistemas espaciales hasta inteligencia artificial y ciberdefensa.

La invasión rusa de Ucrania en 2022 marcó el punto de inflexión. Europa constató que no podía sostener el ritmo de producción de munición ni garantizar cadenas de suministro sin apoyo externo. La autonomía dejó de ser una aspiración y se convirtió en un imperativo estratégico.



Instrumentos industriales de la Unión Europea: arquitectura en construcción

La Unión Europea ha respondido con un ecosistema de instrumentos orientados a fortalecer su Base Tecnológica e Industrial de Defensa (EDTIB).

El Fondo Europeo de Defensa (EDF) representa un cambio doctrinal significativo: por primera vez, recursos comunitarios financian investigación y desarrollo en defensa. El objetivo no es solo innovación, sino integración industrial mediante consorcios multinacionales que reduzcan fragmentación.

El EDIRPA (*European Defence Industry Reinforcement through common Procurement Act*) impulsa adquisiciones conjuntas para mejorar interoperabilidad y reducir dependencia de proveedores extracomunitarios. La lógica es clara: el mercado fragmentado debilita la autonomía.

El programa ASAP (*Act in Support of Ammunition Production*) responde a una lección directa del conflicto ucraniano: la producción europea de munición era insuficiente para un escenario de alta intensidad. Su finalidad es aumentar volumen y resiliencia industrial.

El futuro EDIP (*European Defence Industry Programme*) aspira a consolidar un mercado común de defensa más integrado, estableciendo mecanismos regulatorios y financieros que incentiven adquisiciones intraeuropeas y protejan tecnologías críticas.

España en la autonomía industrial europea: potencial y límites

España ocupa una posición relevante dentro de esta arquitectura emergente. Participa activamente en proyectos del EDF y cuenta con empresas consolidadas en sectores estratégicos como defensa naval, sistemas electrónicos, mando y control y tecnologías duales.

La cultura de cooperación europea, así como la participación en proyectos de cooperación, refuerzan su integración en la agenda comunitaria. Sin embargo, persisten limitaciones estructurales:

- Escala industrial inferior a las grandes potencias europeas.
- Inversión en I+D+i aún limitada en términos comparativos.
- Dependencia en componentes críticos como microelectrónica y software avanzado.
- Fragmentación territorial del ecosistema industrial.

El desafío no es de voluntad, sino de consolidación estructural.

Implicaciones estratégicas

La autonomía estratégica europea trasciende el ámbito militar y redefine la arquitectura del poder en el continente. No se trata únicamente de disponer de fuerzas armadas operativas, sino de garantizar que la capacidad de decisión política esté respaldada por instrumentos industriales propios. En el siglo XXI, la seguridad depende tanto de la producción como de la planificación. La defensa se industrializa.

En primer lugar, la política industrial pasa a ser un componente central de la seguridad. La capacidad de fabricar munición, desarrollar sistemas avanzados o sostener plataformas críticas constituye un factor de disuasión en sí mismo. Una Unión que depende estructuralmente de proveedores externos para mantener sus capacidades militares carece de autonomía real, por más sólida que sea su voluntad política.

En segundo lugar, la resiliencia estratégica adquiere una dimensión productiva. Los conflictos contemporáneos han demostrado que las cadenas de suministro pueden convertirse en vulnerabilidades críticas. Garantizar acceso a componentes esenciales, materias primas estratégicas y tecnologías sensibles es tan relevante como desplegar fuerzas sobre el terreno. La resiliencia ya no es solo operativa; es industrial.

En tercer lugar, la autonomía introduce una lógica geoeconómica en la defensa europea. En un entorno donde Estados Unidos y China articulan poder mediante subsidios, control de exportaciones y protección tecnológica, Europa no puede concebir su industria como un mero mercado fragmentado.

La integración industrial y la creación de economías de escala se convierten en condiciones necesarias para competir estratégicamente.

Asimismo, la coherencia institucional se vuelve indispensable. La fragmentación industrial entre Estados miembros reduce eficiencia y debilita masa crítica. Instrumentos europeos como el EDF o el EDIP solo alcanzarán su pleno potencial si se alinean prioridades nacionales con objetivos comunes de largo plazo. La autonomía requiere coordinación estructural, no solo cooperación puntual.

Para España, las implicaciones son claras. La participación activa en programas europeos debe ir acompañada de una estrategia nacional que consolide cadenas de valor, fortalezca I+D+i y reduzca dependencias tecnológicas críticas. Sin un mecanismo coordinador interno, el país corre el riesgo de mantener una integración reactiva en lugar de asumir un papel protagónico dentro de la arquitectura industrial europea.

En última instancia, la autonomía estratégica europea redefine la relación entre industria y soberanía. No implica desvinculación de aliados, sino capacidad de contribuir desde una posición de fortaleza. En un entorno de competencia estructural, la seguridad ya no se mide únicamente por alianzas, sino por la capacidad de producir, sostener y proteger el propio poder. Sin industria integrada no hay autonomía efectiva; sin autonomía efectiva no hay actor geopolítico sólido.

La autonomía estratégica europea no es una afirmación simbólica, sino una respuesta estructural a un entorno internacional marcado por competencia sistémica y disrupción tecnológica. La experiencia reciente ha demostrado que la voluntad política sin respaldo industrial limita el margen de decisión. Europa puede formular posiciones sólidas y participar activamente en alianzas, pero sin capacidad productiva propia su autonomía permanece condicionada.

El poder en el siglo XXI se expresa tanto en capacidades militares como en resiliencia tecnológica e industrial. La seguridad ya no depende exclusivamente de la doctrina o del despliegue de fuerzas, sino de la posibilidad de sostener operaciones, proteger tecnologías críticas y escalar producción en contextos de crisis. En este sentido, la autonomía estratégica es inseparable de la autonomía industrial: sin base tecnológica integrada, no hay soberanía efectiva.

El desafío principal reside en la coherencia y la implementación. Los instrumentos europeos han creado una arquitectura prometedora, pero su eficacia dependerá de la integración real de prioridades nacionales en una visión común. La fragmentación industrial reduce masa crítica y debilita el conjunto. La autonomía no se proclama; se construye mediante inversión sostenida, coordinación institucional y compromiso político de largo plazo.

En última instancia, la cuestión no es si Europa debe aspirar a mayor autonomía, sino si está dispuesta a asumir el esfuerzo necesario para sostenerla. En un sistema internacional donde la seguridad se mide por capacidad de producir y proteger poder, solo una Europa industrialmente integrada podrá consolidarse como actor geopolítico autónomo en el siglo XXI.

“La autonomía estratégica no comienza en los cuarteles; comienza en las fábricas, en los laboratorios y en la capacidad de producir seguridad. Quien no controla su industria, no controla su destino estratégico.”



Miguel Antonio Valenzuela

Licenciado en Relaciones Internacionales, *Magna Cum Laude*
Estratega en Seguridad y Defensa
Diplomado en Inteligencia y Contrainteligencia